

Luis Alonso Luengo

LEOPOLDO PANERO

A CONTRALUZ DE ASTORGA

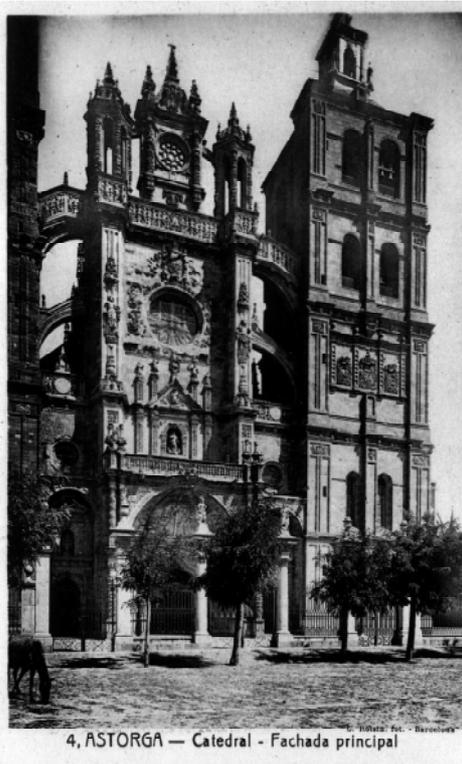
Como decíamos en la introducción del artículo sobre Guillermo Schulz, el descubrimiento de la revista Aramo nos ha permitido recuperar algunos textos que pueden resultar interesantes para nuestros lectores. Uno de ellos es este artículo de Luis Alonso Luengo publicado por primera vez en la revista citada en enero de 1955 y, según nos informa Javier Huerta Calvo, reproducido en El Pensamiento Astorgano en junio de ese mismo año. Por tanto, resultará desconocido para la mayoría, por lo que nos animamos a incluirlo en este número de ARGUTORIO, cuando todavía nos encontramos en 2007, año del centenario de nuestro recordado cronista.

— ¿Recuerdas aquel jersey blanco con rayas azules, atigradas, que lucías tan gracioso los domingos en el paseo del jardín, bajo la gorra marinera y sobre tus piernas gruesas de niño tranquilo, parsimonioso?

Leopoldo Panero me escuchaba sonriendo, meditativo, evocador.

Estábamos en lo alto de la torre de la catedral de Astorga; Leopoldo, apoyado de espaldas en el barandal, recortaba su figura a contraluz del sol de la siesta que amodorraba abajo la ciudad, pequeñita, de vértigo amurallado. Sobre nuestras cabezas retumbó la campana María, envolviéndonos en un trueno de piedra y de bronce. Leopoldo se volvió rápido, inclinándose hacia el balcón. Por el atrio cruzaban los canónigos, como hormigas a vista de pájaro, camino del coro. A la derecha, en la calle conventual, la casa del poeta se hacía remolino verde en su jardín. Más lejos, a la izquierda, junto a la piedra neoclásica del Seminario, el colegio aquel donde aprendimos la lección cuando Leopoldo llevaba el jersey de rayas azules, tenía una ventana abierta y el sol centelleaba en su cristal. Era la ventana del aula de nuestros años infantiles...

Fue allí, en aquel rincón, un día del crudo diciembre astorgano. Leopoldo y su hermano Juan habían llegado tarde a clase, y aquél, con sus piernas coloradas del frío, había escuchado en silencio, cachazudo, la reprimenda del hermano Ginés, y se había sentado en el pupitre, entre Ricardo Gullón y yo, que habíamos tenido antes, como todos los días, una discusión sobre la guerra europea—Ricardo, francófilo; yo, germanófilo—, y que ahora, en el estudio, nos mirábamos de refilón. Leopoldo se removía en el asiento haciendo sitio a sus gruesas piernas mientras



4, ASTORGA — Catedral - Fachada principal

sacaba los cuadernos del portalibros y tomaba la pluma para escribir. Ricardo —grandullón y tumultuoso— se levantó de pronto para increparme. Yo me fui hacia él y cogimos a Leopoldo entre dos fuegos. Inconsciente, arrebata la pluma de manos de éste y se la arrojé como una flecha a mi interlocutor, clavándosela en la pantorrilla, donde quedó colgando por el palillero, mientras él corría a grandes voces. Leopoldo, entre el revuelo, se levantó tras de Ricardo y, sujetándole, arrancó la pluma de sus carnes, para en seguida, tranquilo, escribir con ella su dictado, sentado muy cómodo y solo en el ancho pupitre, porque Ricardo y yo, a uno y otro lado, de rodillas, estudiábamos ahora castigados la lección.

Por aquellos veranos, Leopoldo y Juan Panero iban al cercano pueblecito de Castrillo, donde su abuelo Quirino había hecho de un yermo encinar una deliciosa finca de verano, con blanco y redondo palomar, capilla con pinturas flamencas, biblioteca y sala de billar. Don Quirino, alto, de pisar recio, con blancas barbas de monje andariego o de hidalgo cazador, había comprado a sus nietos unas pequeñas escopetas «de verdad» que eran nuestra envidia. Los jueves íbamos allá todos los amigos a merendar, y era de ver cómo Juan alardeaba de su puntería y cómo Leopoldo, más ponderado, descargaba su escopeta sobre las encinas, estas encinas de Astorga, que han sido luego inspiradoras de de sus mejores poemas.

El verano de 1925 fue el de la iniciación de los escarceos literarios de Leopoldo y del grupo que con él formábamos, entre otros, su hermano Juan, Ricardo Gullón, Dámaso Cansado, Lorenzo Martínez Juárez y yo. Habíamos todos

crecido bastante, sobre todo Ricardo, que era la estampa adolescente de Don Quijote. Juan tenía un bigotillo breve sobre su figura alargada y andaba a saltos, apoyando las palabras y las sonrisas sobre la punta de los pies. Leopoldo, de grueso y cachazudo, se había hecho alto y ancho, un poco vibrátil en sus pequeños ojos agudos, y su vieja calma se había refugiado en la anchura de su boca, en el lento ademán de sus grandes manos y, sobre todo, en el tono grave, su asilo profundo, lento, de su palabra redonda. Entre los amigos era proverbial la dimensión enorme de su cabeza, a la que se dirigían todas nuestras bromas, porque no encontraba en Astorga sombrero que le sirviese.

En casa de los Panero celebramos las reuniones para lanzar nuestro primer periodiquín veraniego, mientras arriba, en las salas, su madre, doña Máxima, construía su sonrisa grave y su ademán lento de gran señora entre consolas y viejos cuadros, y su padre, don Moisés, nervioso y vibrante, entraba para saludarnos entre apretones y sonrisas de apretados dientes.

La Saeta se tituló el periódico. Todos firmábamos con seudónimo. Leopoldo, bajo el de «Gritilo», escribía muy serios artículos y editoriales, mientras en las secciones «Cómo nos saludan algunos personajes de aquí» y «Cantares predilectos de los niños de ahora» ponía y poníamos en solfa a todo bicho viviente.

El 9 de agosto el Casino de Astorga celebró una verbena. Publicamos una crónica con detalles cogidos al vuelo por Leopoldo, por Ricardo y por mí, en la que aludíamos, jocosamente, a un viejo comandante solterón. Montó éste en cólera y pidió a la Junta del Casino la expulsión de la sociedad de nuestros respectivos padres, ya que «con chiquillos no podía batirse».

Terrible castigo familiar. Leopoldo y Juan fueron enviados, como castigo, a Castrillo, mientras la ciudad ardía en fiestas. Ricardo y yo tuvimos la osadía de sacar un último número, cuyas notas de sociedad comenzaban así: «Ha salido *La Saeta*, a pesar de los esfuerzos de la Junta del Casino.» «A cumplir el destierro impuesto por la autoridad paterna, Juanito y Leopoldito Panero.»

Pero faltaba el rabo por desollar. No habíamos pagado la renta del local de la redacción, y para ello no disponíamos de dinero. En nuestra inconsciencia pensamos que con hacer llegar la llave a manos del casero quedaba todo solucionado. Aquella noche había fuegos artificiales en la plaza; hacia ellos se dirigía nuestro casero. Y mientras en el cielo estallaba una tempestad de pólvora, Ricardo y yo dábamos conversación a aquel buen señor para distraerle, Leopoldo conseguía colocar en su bolsillo la llave, que era nuestra obsesión. Pero al día siguiente, descubierto todo, hubieron nuestros padres de abonar las rentas y una fuerte indemnización por los daños que habíamos causado.

En 1928 salía el segundo periódico veraniego de nuestro grupo: *Humo*. Firmábamos ya con nuestros nombres en artículos de ciertos ribetes intelectuales. Leopoldo escribía exaltando los aspectos artísticos de la ciudad. Juan inventaba chistes. Ricardo hacía entrevistas. Y yo componía versos para las muchachas.

Se nos había desatado un cierto afán arqueológico y monumental, que de pronto centramos en la vieja cripta que, según habíamos descubierto, existía bajo el altar mayor de la catedral. Leopoldo escribió un artículo pidiendo su apertura, pero como nadie nos hiciera caso, decidimos

operar por nuestra cuenta. De espaldas al cabildo, y con la complicidad de un perrero, irrumpimos una tarde en la catedral, pasada la hora del coro. Leopoldo llevaba un pico al hombro, Ricardo un martillo y yo una pala. Ni cortos ni perezosos comenzamos a desencajar las losas del presbiterio. Ya volteábamos la tierra, cuando de repente, jadeante, avisado por alguien, apareció el señor Deán. Arroja- mos los instrumentos...

A los dos días, unos operarios llamados por el cabildo colocaban de nuevo las losas, deshaciendo el entuerto.

Pero como continuaba en nuestra mente el afán de arte astorgano, decidimos publicar, con el nombre de los tres, una *Guía artística y sentimental de la ciudad de Astorga*, pintoresco librito que nos produjo múltiples disgustos e incidencias.

Una tarde en que, para mejor documentarnos —ahora autorizados por el cabildo—, subimos a la bóveda de la catedral y avanzábamos a gatas, entre el polvo de los siglos, por una cornisa hacia lo alto del retablo, Ricardo comenzó, de pronto, a dar grandes gritos: le había dado el vértigo. Leopoldo le sujetó por un brazo, yo por una pierna, y los tres, por un momento, nos balanceamos en el vacío, mientras los canónigos salían aterrados de la sacristía. Fueron momentos de frío sudor angustioso, que sólo pasaron cuando, en los brazos del perrero, nos sentimos sanos y salvos sobre el suelo de la catedral.

Salió la guía, y con ella un alborotado incidente, que trascendió fuera de la ciudad y que terminó con una dura represión del prelado a nuestros inexpertos afanes.

Hasta este momento, Leopoldo no había compuesto un solo poema. El paisaje y la luz de Astorga se habían ido filtrando, sin duda lentos, en su espíritu, que aún no los sentía líricamente, pero que no tardando habían de producir una de las más insignes eclosiones poéticas de nuestro siglo.

En presentimiento acaso de viejas bohemias, Leopoldo se había confeccionado por estos días una impecable capa azul, que hacía revolar bajo su ancho sombrero. Habían pasado ya nuestros primeros años universitarios en Valladolid, donde a todos nos daba ciento y raya como comedor de pasteles y discurría su vida en las aulas madrileñas. La revista *Cosmópolis*, en su sección espontánea, había publicado un poema mío de corte rubeniano titulado «Elogio del chambergo». Y como Leopoldo iba por unos días a la capital, se encargó de cobrar los cinco duros que por el poema me pagaban. Se presentó en la redacción. Le pidieron en la ventanilla que justificara ser el autor del poema. No podía hacerlo, pero alguien se fijó en su capa: ¿quién sino aquel poeta con corte de caballero del siglo XVI podía ser el autor del «Elogio del chambergo»? Y así, Leopoldo cobró para mí, como suyo el primer poema que, sin duda, se lo remuneró, y el único que a mí me han pagado en mi vida. Veinticinco pesetas que luego sirvieron para que merendáramos a la salud de la pañosa de Leopoldo Panero.

Después... Lo que viene después todos lo sabéis. Leopoldo Panero, uno de nuestros más altos y esclarecidos poetas, que en esta tarde, a contraluz de Astorga desde la torre de la catedral, está aquí, en silencio, mientras el señor Serapio, el campanero, tintinea las llaves por el caracol de piedra, haciéndonos saber que ya es la hora de cerrar la torre.